ENTREVISTA A JOSE LUIS MARTINEZ*
(FRAGMENTOS)

POR

EMMANUEL CARBALLO

Se puede ser en Jalisco profeta en su tierra

EMMANUEL CARBALLO: A principios de los años 50, era frecuente oír entre los escritores jóvenes que José Luis Martínez estaba a punto de graduarse de Alfonso Reyes, en ese momento el pontífice de las letras patrias. Además del reconocimiento velado del papel que don Alfonso cumplía entre nosotros, esta ocurrencia no era del todo inexacta. En lo fundamental, sin embargo, Reyes y Martínez no son miembros de la misma familia. Don Alfonso fue un escritor portentoso, innovador; José Luis Martínez ha sido un investigador admirable y admirado. Si éstas son las diferencias, las simpatías entre ambos tienen carácter de cualidades del maestro puestas en práctica por el discípulo. Cito algunas: el amor a las letras entendidas como una ocupación fatal y desinteresada. El apego a nuestra tradición y el apego asimismo a las grandes tradiciones universales. El amor al trabajo intelectual, visto como un oficio culto sujeto a reglas. En otras palabras, Reyes enseñó a Martínez a dejar de lado cualquier provincianismo, a entender correctamente la idea de "país" y a sentirse dichoso de que su vocación más esmerada fuera la universalidad.

Sin que se lo haya propuesto como meta, José Luis ha venido cumpliendo su carrera literaria de modo paralelo a cómo llegó a la suya el polígrafo jalisciense José María Vigil, nacido en 1829 y muerto en 1909, a los 80 años. La poesía, para ambos, fue "flor de juventud", como decía Carlos González Peña al referirse a la obra de Vigil. Vigil y Martínez compusieron, en su primera juventud, sendas antologías de poesía mexicana: Don José María, de los siglos dieciséis al diecinueve, y José Luis, de las modernas, es decir, un poco mayores que él y de su propia edad. Otra coincidencia: en 1874, Vigil dio a conocer su *Nezahualcóyotl, el rey poeta*; en 1972 Martínez publicó *Nezahualcóyotl. Vida y obra.*, que reúne los textos del monarca de Tezcoco tanto en verso como en prosa. Otra aproximación entre ambos: en 1982 Vigil inserta en *El Eco de Ambos Mundos*

*Universidad de Guadalajara, 12 de marzo de 1988.

algunas observaciones sobre la literatura nacional.” que amplía y perfecciona en 1876. Se trata de uno de los primeros textos teóricos que fija el carácter de nuestras letras. En 1948 Martínez se atreve a poner al alcance de los estudiosos, tanto amigos como enemigos, *Situación de la literatura mexicana contemporánea*, panorama justo y explosivo. Una última correspondencia: Vigil ingresó a la Academia de la Lengua el 29 de mayo de 1881 y fue el primer ocupante de la silla número quince. De 1984 a 1901, año de su fallecimiento, fue director de la Academia, en la cual figuró también como bibliotecario. Martínez entró a la Academia en 1958 y desde 1960 es propietario de la silla número tres, que inaugurara Joaquín González Icazbalceta. El año de 1980 los académicos lo nombraron director de este cuerpo que vigila la salud de nuestras letras. José María Vigil y José Luis Martínez sí, son escritores de la misma familia. Rodados de libros por los cuatro puntos cardinales. Don José María dedicó sus laboriosos ochenta años a la apreciación lúcida de textos escritos en dos lenguas, la española y la mexicana. José Luis ha consagrado setenta esforzados años en llevar a la práctica las ideas que sobre la crítica y la historia literaria tenía Ignacio Manuel Altamirano. Esto no quiere decir, por supuesto, que lo repita, sino que adapta sus proposiciones a los nuevos tiempos que ahora vivimos. El José Luis Martínez que más admiro y que leo y releo es aquél que desde los años cuarenta ha venido levantando una maciza y necesaria obra, de la cual destaco, en calidad de ejemplo, como ejemplo simplemente, sus libros: *Literatura mexicana. Siglo veinte*, publicado en 49/50; *La emancipación literaria de México*, 1955 (un año clave en la vida literaria de Martínez); *Problemas literarios*, también de 1955. *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo diecinueve*, también de 1955. Sus prólogos a cuatro tomos de las *Obras completas de Justo Sierra*; a *La literatura nacional*, un prólogo admirable e insuperable a los estudios de Ignacio M. Altamirano y a la *Obras* de López Velarde, uno de los trabajos importantes de José Luis en los años sesenta. Incluiría también en esta lista y como ejemplo, *México en busca de su expresión*: panorama de nuestras letras, que recoge Daniel Cosío Villegas en su *Historia general de México*, textos hechos con ciencia y paciencia. Frutos de una investigación y de un análisis largo y juicioso, han llegado, y muchos de ellos sobrepasado la mayoría de edad y no resienten el paso del tiempo. El lector los lee, los consulta, les exige datos y juicios y los libros no se dan por vencidos. Cumplen una vez más la finalidad para la cual fueron hechos: servir. Este es a grandes rasgos el José Luis Martínez historiador y crítico literario, uno de los más trascendentes y significativos de los analistas mexicanos de nuestro tiempo: José Luis Martínez, mi maestro.

Si nos ponemos a ver la generación de la cual forma parte José Luis, destacamos algo que es sumamente importante: uno piensa en la promoción y no

en la generación de la cual forma parte Martínez. Piensa uno en Alí Chumacero, ese hereditapatio, nacido en Nayarit: piensa uno en Leopoldo Zea, y piensa también en Jorge González Durán. Pero la generación es más amplia: ellos nacieron en 1918, y Zea en 1914; en otros años surgen los otros miembros de esta generación, que después del Ateneo de la Juventud y de Contemporáneos, y en este momento, es la generación más rica, más trascendente y la que domina el panorama literario de estos momentos. En la poesía, por ejemplo, y no doy todos los nombres, simplemente los que me acuerdo en este momento, nada menos que Octavio Paz, el poeta vivo más importante de México.

Al decir siglo veinte, hay que pensar también en el siglo diecinueve. Tres de los grandes narradores mexicanos desde que la literatura mexicana empieza en 1816, con Fernández Lizardi.... Me refiero a José Revueltas, a Juan José Arreola y a Juan Rulfo. También en esta generación está un amigo, que no es de Guadalajara, por eso no lo citó José Luis, imagino, en su enumeración de personas cercanas a él: Francisco Peláez, conocido en la historia de la literatura como Francisco Tarío. Pienso también en el de una escritora presente en esta sala esta mañana, María Luisa Hidalgo. Entre los críticos, y siempre la crítica es el patito feo de la literatura, está José Luis, como el único, el mejor y el más trascendente de todos los críticos mexicanos de su momento y el maestro de la crítica que actualmente se hace en el país. Entre los dramaturgos está Rafael Solana; entre los filósofos, Leopoldo Zea, y entre los pintores, una persona que ya citó José Luis y que me place volver a citar, Juan Soriano. A esta generación pertenece José Luis, y con esta generación da sus primeros pasos en literatura. Mi primera pregunta es cómo era, como ve, a cuarenta y tantos años de distancia la generación que empieza a publicar sus textos en la revista *Tierra Nueva*, fundada en los años cuarenta con el patrocinio de la Universidad Nacional Autónoma de México, y particularmente del licenciado Mario de la Cueva [...]

E.C.: Los de tu generación, ¿fueron parricidas?

JOSÉ LUIS MARTINEZ: ¡Qué va, queríamos mucho a nuestros mayores! En este momento quisiera recordar y rendir homenaje a otro gran jalisciense, don Enrique González Martínez, de quien fuimos muy amigos. El nos llevaba muchísimos años. Alguna vez, con alguno de mis hijos íbamos en automóvil con un muchacho que era biznieto de don Enrique. Y le dije: "yo fui muy amigo de tu bisabuelo" Y me vio como a Matusalén. Eramos muy amigos porque él era muy muchachero, un hombre encantador. Teníamos entonces unas comidas, los sábados, con Torri, a veces venía don Alfonso Reyes, y González Martínez nunca faltaba. Los del grupo joven éramos Jaime García Terrés, Joaquín Díez Canedo y yo. Don Enrique llegaba el primero, y nos reclamaba: "Cómo se han tardado,

ya me he tomado dos copas y ustedes no llegan". Y disfrutaba mucho, comía de todo, y veía a las muchachas con ojos alegres. Torri también.

E.C: José Luis, una pequeña interrupción: ahora que estás a punto de llegar a las obras completas, si un editor te dijese el día de hoy que debieras recoger tus notas críticas a partir de *Tierra Nueva*, lo que publicaste posteriormente en *Letras de México*, en *El Hijo Pródigo*, en el *Suplemento de Novedades*, hasta llegar al último número del *Suplemento de La Jornada*, ¿recogerías las notas de *Tierra Nueva* por considerarlas que ya reflejaban lo que tú eres ahora? ¿Ya eras un crítico hecho y derecho o estabas a punto de serlo?

J.L.M.: No, en absoluto. Yo he contribuido a armar algunas obras completas, pero ahora que me hacen esa pregunta y que veo la amenaza sobre mí, yo preferiría que no se publicaran, como no publicaría muchas otras cosas. Tengo los cajones llenos de escritos "muy elaborados". Como, por ejemplo, cuando comencé a estudiar historia, decidí primero hacer una revisión a fondo de cada historiador en cada obra importante; hice monografías muy amplias de cada una de nuestras figuras del siglo XVI. Después de lecturas cuidadosas, de anotar todos los aspectos, de ver todos los juicios críticos, escribí más de mil páginas. Ese material acaso sea útil como información. Para publicarlo tendría que revisarlo y ponerlo al día.

Ahora bien, creo que hay que ser cuidadoso con respecto a las obras. Por ejemplo, de Torri, se está publicando cuanto papel escribió, él, que quiso la parquedad, la sobriedad, y dar sólo la obra en su última elaboración. Así que no soy muy partidario de las compilaciones exhaustivas, a las que yo he contribuido y creo que estoy contribuyendo. Ahora, justamente, que tengo el encargo, y estoy trabajando en eso, de terminar las *Obras completas* de Alfonso Reyes.

E.C: ¿Vas cumpliendo en esas *Obras completas* lo que tú quieres para ti, no publicar de don Alfonso las cosas que no son publicables?

J.L.M: Voy a organizar cinco tomos: ensayos breves, ficciones, memorias, Mallarmé y anejos y estudios Goethianos: pero voy a dar sólo lo que don Alfonso consideró aprobado y a listar lo demás.

E.C: Ojalá que no llegue a Salzburg esa lista, porque

J.L.M: Por ejemplo, de los materiales que publicó don Alfonso Reyes en la serie que llamó Archivos, sólo se va a aprovechar una pequeña parte, pero no los trabajos diplomáticos que son simplemente informes.

E.C: Ahora, en ese archivo de Alfonso Reyes, recuerdo dos cartas y algunos sonetos perfectos, textos únicos y eróticos, de esos sonetos cruzados con González Martínez; una carta de Torri, en que la sabiduría humana, erótica, sensual, intelectual, la gracia, el duende de Alfonso Reyes están presentes.

J.L.M: Claro, esos textos sí, se incluyen.

E.C.: Otra cosa que quizás sería interesante: publicar una selección de sus cartas, ahora ya están las de Henríquez Ureña, pero hay muchas otras, a Vasconcelos, a Guzmán, a Torri, de quien también se está publicando parte de su epistolario.

J.L.M.: Sí, ya se publicaron y se va a seguir publicando mucho. De los epistolarios de Alfonso Reyes yo he comenzado a editar las cartas cruzadas con Pedro Henríquez Ureña. Di un tomo de seiscientas páginas, sólo con el período de 1908-1914. El segundo va a ser otro tomo, y cuando lo haga, si lo hago, comprenderá el período 1914-1924; el último, del 24 hasta la muerte de Henríquez Ureña. Además, se han publicado las cartas con Vasconcelos, con Torri. Existe Serge I. Zaitseff, que vive en Calgary, Canadá y que se ocupa de recoger de los grandes basureros literarios las obras que hemos dejado olvidadas.

E.C.: José Luis, nos estamos perdiendo un poco, tenemos poco tiempo, aunque podemos hablar mucho si ustedes así lo desean; nos estamos yendo hacia Alfonso Reyes, hacia otras gentes, pero no estamos hablando del tema que nos congrega aquí, que eres tú. ¿Cómo podrías definir tu crítica literaria de *Tierra Nueva*? ¿No es una crítica impresionista, ni es una crítica científica?

J.L.M.: No, en absoluto. Es una crítica impresionista de un lector que está aprendiendo a ser lector y que está aprendiendo también a ser crítico. Al mismo tiempo empezaba a leer las teorías de la crítica y de los grandes teóricos de la crítica; pienso en Saint Beuve, o en Thibaudet y en los críticos ingleses. Me gustaba mucho entonces la crítica de Henry James, siempre tan inteligente.

E.C.: ¿Qué les recomendarías a los poetas que hacen crítica literaria que viven en Guadalajara, que son chicos de veinte, que no llegan a los treinta?

J.L.M.: Bueno, primero, que se ocupen de los libros importantes. En general hay una tendencia a ocuparse de libros insustanciales, de los libros de los amigos, y, en cambio, se dejan a un lado obras importantes, de gran trascendencia. Voy a mencionar unos cuantos hechos: por ejemplo, un señor en México traduce a Homero, por primera vez, completo: nadie lo menciona. Se ha descubierto una versión, doble casi, de la conocida, del *Lienzo de Tlaxcala*, en lugar de las ochenta y tantas láminas había ciento cincuenta y tantas: nadie escribe de esto; un profesor americano, Bierhorst, como mencionaba anoche, ha hecho la primera traducción completa del náhuatl de los *Cantares Mexicanos*: nada. Su interpretación es tendenciosa y muy discutible, pero importante. No ha habido un sólo estudio en las revistas normales, salvo en las especializadas como los *Anales de la Cultura Náhuatl*. De todas estas cosas, o de esfuerzos a veces importantes, enormes, o bien la aparición de la *Biblioteca Mexicana*, de Eguirra y Eguren que se ha iniciado, no se mencionan. Pero de los libros pequeños, de cuentitos, de versos, aparecen

largas, complicadas exposiciones. De todas maneras ahora hay un grupo nuevo de críticos inteligentes, pienso en algunos de estos jóvenes que escriben en *Vuelta*, en *Nexos* y en *La Gaceta* del Fondo, inteligentes y con una excelente preparación.

E.C.: Una revista que no fue dirigida por ti ni por miembros de tu generación. Pienso en quizá la mejor revista bibliográfica, que seguía puntualmente el desarrollo de nuestra cultura y nuestras letras, y no sólo de nuestras letras: dije cultura a sabiendas de lo que estaba diciendo. Pienso en *Letras de México*, esa benemérita revista de Octavio C. Barreda, en la cual colaboraste e hiciste parte de tu aprendizaje como crítico, como ensayista y como mente rectora del pensamiento mexicano en el terreno de la valoración. ¿Qué me cuentas de *Letras de México*?

J.L.M.: Era una revista realmente útil. Era quincenal, en forma de gaceta, de medio periódico, y Barreda tuvo la inteligencia de ponerla cada vez en manos de los grupos jóvenes que se destacaban; que tenían cierta congruencia y laboriosidad. Se las dejaba completamente. Yo fui, me acuerdo, uno de los directores de *Letras de México* en ciertos años. Ibamos a la imprenta, con los materiales y teníamos que ocuparnos sobre todo de la composición tipográfica y de la corrección. Además, aquí se publicaban bibliografías y necrologías de escritores, con sus respectivas bibliografías. Se incluían artículos importantes, de fondo, poesías, cuentos, pero sobre todo, crítica. Era una revista en esto, muy valiosa.

E.C.: ¿Y tú influyes en Octavio Barreda o Barreda influye en ti en la manera de orientar la revista, de sacarla adelante, de publicarla cada quince días?

J.L.M.: Barreda cuidaba solamente los aspectos, digamos, materiales y la marcha de la revista, pero en lo demás, nos dejaba en absoluta libertad. Barreda fue un hombre encantador, que continuamente estaba haciendo bromas, diciendo barbaridades de la gente, de las más pesadas a veces, pero siempre ingeniosas. Tenía mucho humor, simpatía y generosidad [...].

E.C.: José Luis, decías hace un momento, cuando agradecías el reconocimiento de la Universidad de Guadalajara, que una de las cosas de las cuales debe huir un escritor es del adoctrinamiento, la estrechez en las miras. ¿No crees tú que *Vuelta*, en su militante política ideológica está haciendo exactamente lo contrario de lo que tú le pides a una revista de un escritor?

J.L.M.: No, en absoluto. Yo soy muy partidario de *Vuelta* y de Octavio, y creo que su revista es una posibilidad de apertura. Lo que ocurre es que el único camino que otros consideran viable es un camino muy estrecho, dogmático, el de cierta izquierda. En *Vuelta* se manifiesta un pensamiento crítico, pero hacia uno y hacia otro lado, y sobre todo una apertura a las ideas de los hombres más inteligentes de nuestro tiempo y las cuestiones nacionales.

E.C.: Ya que hablas de Paz, ¿Por qué no empezamos con él? Unos pequeños retratos entre personales y literarios de valoración puramente estética: empecemos

con Octavio Paz al hablar de la gente que escribe allí. ¿Cómo ves? ¿Quién fue Paz y quién es ahora poética y ensayística y cronológicamente? ¿Es el gran escritor?

J.L.M.: Octavio Paz ha sido y es uno de los grandes escritores de siempre. En la cultura tiene esa dimensión universal que inició don Alfonso. Octavio es nuestro mayor poeta, y como ensayista, la brillantez y la amplitud de su registro son impresionantes, como lo han mostrado los tres tomos de la obra reciente *México en la obra de Octavio Paz*. El primer tomo está dedicado a la historia y la política, el segundo a la literatura y el tercero al arte, y recogen exclusivamente sus visiones mexicanas.

E.C.: ¿Hace veintitantos años era lo suficientemente talentoso como para ahondar en lo que iba a ser el tránsito cultural del siglo veinte?

J.L.M.: Yo lo conocí por los años cuarenta y quedé fascinado desde entonces, y con la noción y el sentimiento de que estaba frente a una personalidad excepcional. Al mismo tiempo, era una persona a la que entonces le iba muy mal materialmente, ganaba muy poco dinero, tenía un trabajo miserable; en un banco tenía que contar billetes viejos y atestiguar la destrucción de esos billetes de los que sólo recibía unos cuantos por su trabajo; y luego, también en su vida personal tuvo problemas durante estos años.

E.C.: Pasemos a Chumacero, ¿En Alí se descubría también que iba a ser el gran poeta hermético, el gran poeta de oficio, el poeta de unos cuantos temas entre los que cala hasta llegar al centro mismo de donde parten todas sus indicaciones?

J.L.M.: En Alí existía una extraña contradicción. Por una parte, el “relajiento”, de excepcional simpatía, gran conversador, dicharachero, generoso, dispuesto siempre a juegucar y olvidar sus deberes; y al mismo tiempo, un hombre de letras de veras enterado y con buen juicio y un poeta de lucidez e intensidad únicas. Yo le debo esto muy importante. En aquellos años de secundaria en Guadalajara, Alí ya tenía una buena biblioteca inicial, acomodada en cajones de jabón, y todos sus libros los tenía forrados en papel de estraza y con letreros en tinta roja, y sabía ya por dónde iban las cosas. Tenía las novelas de la Revolución, por ejemplo, literatura rusa y algunos de los clásicos. Tenía muy buen ojo para saber por dónde iban las cosas.

E.C.: Si, estamos todos de acuerdo en que Chumacero es uno de los grandes poetas de nuestro tiempo. Es también uno de los grandes críticos de los últimos tiempos, de treinta o cuarenta años ¿Cómo ves a Chumacero como crítico?

J.L.M.: Alí ha hecho una recopilación reciente, interesante, en el tomo llamado *Los momentos críticos*. A mí me gusta el comentario que ha hecho de su poema “Responso del peregrino”, que es uno de los grandes poemas mexicanos. Acerca de sus implicaciones bíblicas, recuerdos personales, premoniciones, Alí ha

hecho ese comentario, o exposición en prosa, que apareció en *Vuelta*, en un artículo de Marco Antonio Campos y que se publicó, además, por separado. En este hermoso texto va desentrañando el secreto de cada una de las estrofas de su poema.

E.C.: Pasando de las gentes de tu generación, José Luis, a las mayores, a los hermanos mayores, pienso en tres personas que en alguna forma, ojalá que esté en lo cierto, pienso en esas tres personas: Alfonso Reyes, Enrique González Martínez y Enrique Díez Canedo, que fueron para ti un dechado de lo que debía ser el escritor, de lo que tú querías ser cuando fueras grande, importante, serio.

J.L.M.: Tienes razón. González Martínez era un hombre, en contraste con su grave obra, lleno de jovialidad, de chiste y humor. No se le veía la gravedad que el hombre grande soporta. Le gustaba comer bien, beber bien, y, si era posible, estar con una muchacha. Alfonso Reyes, en cambio, sí practicaba ese sacrificio casi constante, esas renunciadas a cosas de la vida, para quedarse sentado día y noche escribiendo, que es la única manera como se hacen las obras.

E.C.: Eso que decían ayer, José Luis, de que tú de joven estudiabas para Alfonso Reyes ¿Hasta qué punto es cierto, o hasta qué punto es una verdad?

J.L.M.: Puede ser una consecuencia. Nunca quise imitarlo realmente, pero el hecho es que acabé siguiendo muchos de sus pasos, aunque nunca fui un escritor total, como fue él, que todo lo convirtió en literatura, hasta sus experiencias médicas, su angustia por la política. Del relato de su mal cardíaco se conocía una pequeña versión, pero existe un texto mucho más amplio que describe el proceso y la angustia de su enfermedad. Ahora, don Enrique Díez Canedo, aunque ya enfermo cuando lo frecuenté, era admirable por su sabiduría y su cultura manifestadas siempre con una voz suave y una sonrisa. Cuando alguna vez, conversando con Alfonso Reyes, llegábamos a algo que no sabíamos, don Alfonso decía: "Vamos a preguntarle esto a Enrique", y él lo sabía.

E.C.: Y ahora, cuando no sabemos algo, decimos: debemos preguntarle a José Luis Martínez, Y José Luis Martínez lo sabe.

J.L.M.: Yo digo siempre que lo sé al día siguiente, porque sé dónde averiguarlo casi todo.

E.C.: Pasamos, José Luis, de los demás, a José Luis Martínez poeta. Los escasos poemas que conocemos, y los otros que deben estar en tu cabeza. ¿Cómo los ves, te gustan o te disgustan?

J.L.M.: Mucho menos; no tienen importancia. Afortunadamente, me di cuenta a tiempo de que no servían, que no tenían peso, y no insistí en esa tecla.

E.C.: El ensayista, tú, que has escrito una antología espléndida sobre *El ensayo mexicano*, que has traducido ensayistas de la antigüedad y de la modernidad, ¿Qué es para ti el ensayo y cómo te consideras tú como ensayista?

J.L.M.: Primero, hay que decir que yo mismo me considero aún como un mal ensayista, porque no he hecho buenos ensayos. He hecho estudios más o menos razonables, exposiciones, pero no he hecho ensayos realmente importantes ni buenos. Quizá cuando tenga tiempo, cuando tenga menos agobio de tareas por escribir. Porque se necesita reposo, ocio, para poder escribir con esa libertad.

E.C.: Pasemos al crítico literario. ¿Cómo te consideras tú como crítico literario? ¿De dónde tienes ese don de trabajo?

J.L.M.: Yo no soy nada entusiasta de mis propias cosas. Sin embargo, algunos de mis libros me disgustan menos, como conjunto. *El mundo antiguo* creo que es un libro útil. Es un libro bueno para la curiosidad, descubre muchas cosas, explica con claridad la tradición, la función de ciertas ideas, la importancia de los mitos. En sus tomos un curioso o un estudiante puede averiguar quién fue y qué escribió Aristóteles, quién fue Mahoma o qué es la Biblia, qué tiene dentro, cómo está hecha, quién la hizo, en qué lenguas, cuál es la Biblia de los católicos, cuál la de los judíos y protestantes. Me costaron mucho trabajo, un esfuerzo para reducir a exposiciones claras un conjunto enorme de información. Este libro en seis tomos me disgusta menos. Por lo demás, siempre he trabajado duramente en mis empresas, que están bien hechas en ocasiones, son claras siempre, pero sé bien que no son brillantes, ni luminosas, ni trascendentes.

E.C.: Bueno, quien está hablando eres tú y no yo, y las personas que están aquí podrían interrumpirte fácilmente, pero vamos a dejar las cosas como están. El historiador de las letras, pienso en la historia de *La literatura mexicana en siglo XX*, en dos tomos, con los anales, los ensayos, los estudios, las críticas y la bibliografía del segundo tomo. ¿Crees tú ...? Yo creo que sí. Yo creo que en su momento fue el primer asomo de lo que podía ser la historia de la literatura mexicana del siglo XX.

J.L.M.: Eso sí, en su momento, ocurrió en 1949/50, tuvo el interés de señalar una serie de divisiones, clasificaciones, descripciones de tendencias que son más o menos válidas: las separaciones de los grupos, las relaciones entre ellos; esto fue útil para ese momento y aún lo sigue siendo, para juzgar esa primera mitad de nuestro siglo, pero yo preferiría que se pusiera al día.

E.C.: ¿Volver al día, después de tantos años?

J.L.M.: Volver al día, después de tantos años transcurridos, no es nada fácil, y ya no es posible añadir las letras de casi otro medio siglo.

E.C.: Ahí está la siguiente pregunta: ¿Por qué no has seguido el curso de las letras, digamos, a partir de los años cincuenta, de finales del cincuenta para acá, más que muy esporádicamente, si un libro te interesa?

J.L.M.: Primero, porque comenzó a interesarme la historia de nuestro siglo XVI mucho más. Desde el principio, me puse, primero a apropiarme de una

información suficiente. El historiador tiene que conocer todas las informaciones de la época casi de memoria, para poderlas manejar al mismo tiempo como un todo, porque no puede de pronto ignorar ciertos hechos. Fernando Benítez me contó que cuando escribió su *Itinerario de Hernán Cortés*, que todos le celebramos, alguien le recordó que se había olvidado de la batalla de Otumba. No olvidar nada, requiere un esfuerzo muy consistente.

E.C.: Pero, podemos llegar a José Luis Martínez historiador. ¿Por qué tu dedicación fundamentalmente a los siglos dieciséis al dieciocho?

J.L.M.: En principio, el dieciséis. Llegué allí por Nezahualcóyotl, fui a sus orígenes históricos y al cúmulo de información que existe en las crónicas antiguas sobre el rey de Tezcoco, y esto me hizo iniciarme en el conocimiento de esa época. Y me di cuenta de que nuestro siglo dieciséis es el origen de lo que somos, que ahí nacen nuestros bienes y nuestros males, nuestros problemas, nuestras pequeñas fortunas, de que está en ese mundo del encuentro choque dos mundos y el aparecer del mundo mestizo que somos, la explicación o el origen, y de que el mundo presente que conocemos aún sigue siendo el mismo. Cuando me preguntan si, después de todo el tiempo que he dedicado al estudio de Cortés estoy a favor o en contra de él, lo que me irrita, digo que yo no estoy a favor ni en contra, que estoy a favor de comenzar a entenderlo, de comenzar a saber de él. Por otra parte, las ediciones de Cortés son miserables, y del resto de sus escritos, de los que se han publicado sólo unos 70 documentos, los desconocemos casi totalmente. En mi libro intento conocerlo, exponerlo y explicarlo y que cada quien forme su opinión después, si cree necesario hacerlo. En México pasó algo muy singular: decía Pepe Moreno Villa, un hombre muy agudo en su sencillez y su elegancia que a un español no se le ocurre ya seguir agraviado contra los invasores moros, o a cualquier país moderno ofendido por sus invasores antiguos. Es historia, es pasado. Pero aquí en México todo sigue vivo como si estuviera a la vuelta de la esquina y el agravio hubiera sido ayer. Bueno, quizá todavía no es suficiente el tiempo para esta digestión histórica, pero hay que apresurarla para que la digestión histórica lo sea de un monstruo completo, de bienes y males y no de una figura convencional.